

la cita oportuna. Además, el Panteón Nacional ofrece muchos otros atractivos para el visitante. Por ejemplo, un conjunto pictórico de grandes dimensiones que cubre la parte superior de las naves y los tímpanos de los arcos, desplegando en gran formato momentos diversos de la vida del «Padre de la patria». Se trata de una especie de gran *vía crucis* del Libertador encargado al infatigable pintor venezolano Tito Salas. Allí vemos el bautizo, la apoteosis, el delirio en el Chimborazo, el juramento en el Monte Sacro con Simón Rodríguez, etc., todo conformando algo muy parecido a una Capilla Sixtina criolla y republicana, donde los efebos de Buonarrotti son sustituidos (en poses muy similares) por descamisados campesinos de los llanos de Venezuela, y en vez de un dios barbudo, flotante, todopoderoso, aparece un Bolívar envuelto en las brumas de la apoteosis, enganchando su gloria a un carro de ágiles corceles.

Sucesor del gran Cristóbal Rojas, Tito Salas fue también el encargado de adornar las paredes de la Casa Natal de Simón Bolívar. Los motivos de estos cuadros son similares a los del Panteón, aunque aquí aparece, al lado del Bolívar imbatible y apoteósico, otro melancólico y discreto, despojado de su imperial porte napoleónico, en actitud francamente conmovedora. Me refiero, en concreto, a dos cuadros. Uno se llama *Bolívar ante el cadáver de su esposa*. Con una magistral economía de recursos, Salas pinta un Bolívar de pie frente al lecho de muerte de su joven esposa. La intensidad se focaliza en la extraña expresión del personaje. Ante el cadáver de la Marquesa del Toro, vemos a un joven de apenas veinte años, totalmente confundido, incrédulo, descolocado. Se podría decir que su expresión, más que de tristeza, es de pasmo, de miedo, de profunda incertidumbre. Los colores y la opacidad del cuadro comunican la viudez precoz sin ningún énfasis efectista. El otro, *La emigración a Oriente*, representa el momento en que Bolívar huye junto a otros del temible y sanguinario José Tomás Boves, quien venía aproximándose a Caracas, después de una campaña meteórica. El cuadro recrea un Bolívar hirsuto sobre el lomo de un caballo cabizbajo, cubierto con una ancha capa que acaso oculta su debilidad y flaqueza. Lo escolta un grupo de ciudadanos caídos en miseria, y todo el conjunto parece hecho de harapos y jirones... Pero ¿qué hago hablando de Simón Bolívar cuando mi tema es Hugo Chávez?

La Casa Natal del Libertador no hubiese sido –a pesar de todo su acervo y la contribución de sus inigualables fuerzas espirituales– un buen sitio desde el cual dirigir un golpe de Estado. Arrinconada en medio de una zona populosa y comercial, adosado su bello patio trasero a la invasiva y altísima torre del Banco de Venezuela, esta hermosa casa colonial poco puede ofrecer al estratega avisado. Chávez debió haber meditado estas circuns-

tancias, y ha debido concluir que, si bien un triunfo logrado desde la Casa de Bolívar podría tener una profunda repercusión simbólica, y garantizaba a su gesta una sublime página en la historia, no era, sin embargo, un lugar seguro para sus tropas, y la casa podía sufrir daños irreparables.

Hoy en día, el Palacio Presidencial de Miraflores es el último sitio desde el que Chávez alarga sus órdenes, medita sus estrategias y organiza su gobierno. Desde la época de Cipriano Castro, este hermoso palacete neobarroco ha albergado a los jefes de Estado en sus formidables salones y despachos. Cuentan que algunas de las familias más influyentes de aquella época tenían comunicación subterránea entre sus casas y Palacio, a través de túneles estratégicos que podían servir de escape ante indeseadas contingencias, o hacer invisible el gusto por ciertas prácticas inmoderadas de los gobernantes. Quizás Carlos Andrés Pérez resucitó el uso de alguno de estos túneles para poder huir subrepticamente del golpe militar de Chávez aquel 4 de febrero de 1992. El sillón donde se sentaba Pérez era —¡vaya paradoja coprofílica!— el mismo donde deseaba sentarse Hugo Chávez. Pero más allá del trono y sus curiosas implicaciones, conviene hablar del Palacio que es, en el fondo, el testigo inmediato y cotidiano de las meditaciones de nuestro actual jefe de gobierno.

Comprado por el ostentoso general Joaquín Crespo a finales del XIX, Miraflores fue símbolo del derroche en una época en que las economías no eran las mejores. Con el concurso de artesanos, tallistas, albañiles y yesistas catalanes, y los pinceles de Arturo Michelena y el español Luis Oñate, Miraflores se convirtió rápidamente en la residencia particular más lujosa de Venezuela, y a partir de 1900, en residencia y oficina presidenciales.

Desde esta cámara del poder que es el despacho de Miraflores, Chávez nos regaló uno de sus primeros gestos: asomarse al pequeño balcón de Palacio —humilde copia caribe de la balaustrada vaticana— y articular su elegante fraseo para la satisfacción del pueblo entusiasmado. Esto ocurrió justo después de proclamarse Presidente de Venezuela. La victoria aplastante le otorgaba un aura dorada de charreteras invisibles. Desde lo alto del balcón presidencial, el nuevo jefe de Estado pasaba la página de un libro plagado de erratas llamado *Historia política de Venezuela*. A lo largo de un año de gobierno, recientemente cumplido, el balcón fue sustituido por el programa radiofónico y la cadena de tele. Escucharlo es asistir a un gigantesco acto de malabarismo, o a una misa multitudinaria de *crentes* evangélicos del Brasil. Ya Montaigne nos había advertido acerca de las sutilezas y funcionamiento del ejercicio retórico: «Es instrumento inventado para manejar y agitar una turba y a un pueblo desordenado, y es instrumento que no se emplea más que en los estados enfermos, como la medicina».

Ocho años después de fracasar en su golpe de Estado, Chávez gobierna legitimado por los votos democráticos y masivos. El Museo Histórico Militar fue su primera trinchera y el Palacio de Miraflores, por ahora, la última. Antes arrojaba balas de cañón, y ahora nos arroja un discurso fatuo e inspirado. Así como es la vida de las gentes, así su lenguaje, decía Séneca, convencido de que en la utilización de las palabras podemos ver la naturaleza de los individuos.





A.R.P. TYRSO GONZALEZ
P.RÆPOSITO GENERALI
SOCIETATIS IESV.

J. de. y. p. a. n. i. s. c. u. l. p. s.

Doctrinis Paraquarice